



Hipertexto 1
Invierno 2005
pp. 44-54

La estructuración circular cordura-locura-cordura en el *Quijote*

Jorge Ramírez Caro
Universidad de Costa Rica

Hipertexto

Aquí le tenían por discreto,
y allí se les deslizaba por mentecato,
sin saber determinarse qué grado
le darían entre la discreción y la locura.

Miguel de Cervantes¹

Es unánime la crítica literaria especializada en llamar loco a Don Quijote. La opinión más acabada sobre el asunto la presenta Juan Bautista Avalle-Arce:

La locura del hidalgo manchego surge de una lesión de la imaginativa... su alma sólo registrará imágenes deformadas y distintas de las que perciben sus sentidos... Los sentidos no engañan a don Quijote en absoluto... Es en el paso de lo sensorial a lo anímico que estas imágenes quedan totalmente trastocadas: el alma de don Quijote registra, en vez de venta un castillo, y dos hermosas doncellas en lugar de las dos mozas del partido. Y las imágenes sensoriales quedan totalmente metamorfoseadas y embellecidas en el momento de imprimirse en el alma de nuestro héroe... Las imágenes que se perciben sólo pueden pasar de lo sensorial a lo anímico por la aduana de la imaginativa, y ésta don Quijote la tiene lesionada. En consecuencia, lo que registra el fuero más interno de nuestro caballero andante no responde en absoluto a la realidad que perciben los sentidos (Avalle-Arce en Rico, 1980: 687-688)².

1. M. de Cervantes, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, (prólogo de A. Castro), (21ª ed.), México: Porrúa, 1985, segunda parte, cap. 59. Todas las referencias se tomarán de esta edición y se citará, para la segunda parte, así: 2Q, 59, y para la primera sólo variará 1Q.

2. Según este mismo crítico, "la realidad oscila porque entre la imagen sensorial y el alma se interpone una imaginativa-fantasia sensorial asimismo oscilante... La realidad de don Quijote, ni mucho menos la del libro en general, no oscila por ningún motivo existencialista ni de otras

Probablemente el problema más acertado no sea preguntarse si Don Quijote estaba loco o no, sino por qué el mismo narrador y la crítica lo han tratado como si realmente lo estuviera. ¿Por qué la vida plena sólo puede estar representada por alguien en estado de locura? ¿Por qué la verdad sobre el ser humano y el mundo puede sobrevenir de un loco? ¿Acaso la expresión genuina de la vida se alcanza en ese estado? ¿No vivimos plenamente la vida quienes nos decimos cuerdos? ¿Por qué para el texto cervantino la vida es locura y la cordura es muerte?

Américo Castro ha señalado que la locura de Don Quijote "es simple vehículo para cierta idea del vivir humano" (Castro, 1957: 264). Pero ha sido Luis Rosales quien ha resaltado que la locura del Caballero Andante es una conveniencia del autor y una necesidad solicitada por la sociedad destinataria del texto para escapar a los mecanismos de censura:

Si Cervantes afirma en principio que don Quijote estaba loco es, ante todo, porque le conviene y además porque lo necesita... Es indudable que hacer lindar a don Quijote con la frontera de la locura es una estricta necesidad de la naturaleza de su obra... Los locos y los muertos pueden decirlo todo. Pero además si los personajes que le rodean no le tomaran por loco, nuestro héroe hubiera dado con sus huesos en la cárcel en la primera ocasión (Rosales, 1960: 144-145).

Ahondando en este mismo sentido, Ludocik Osterc apunta que los libros de caballerías sirvieron a Cervantes de pretexto y de cortina de humo para disparar los dardos contra las clases dominantes sin temor de represalias por parte de ellas. De este modo, la locura del caballero no es más que "Un habilísimo recurso literario de Cervantes, mediante el cual se escudó para lanzar impunemente una aguda crítica de la vida social y política de su tiempo. El autor hizo perecer a su héroe como un loco con el fin de obtener el salvoconducto para sus audaces ataques contra la monarquía, la nobleza y el clero" (Osterc, 1963: 77. El destacado es mío).

De esta misma opinión es Mauro Olmeda: la locura de don Quijote no es más que un ardid de Cervantes "para eludir impunemente la vigilancia de aquellos austeros y rígidos varones del Tribunal del Santo Oficio. Se burla Cervantes de aquel rigor, como de tantos otros excesos formales, síntomas de la decadencia religiosa cuyas manifestaciones fueron blanco de su afilada sátira" (Olmeda, 1973: 242). Más adelante el mismo crítico apunta: "La supuesta locura de Don Quijote es un ardid concebido por la fantasía de Cervantes para dar paso a la traza de su ingeniosa concepción poética, impregnada de profundo sentido crítico de la vida social de su época" (p. 244. El destacado es mío).

Dentro del planteamiento de Olmeda está el considerar a Cervantes como un erasmista, de modo que la locura de Don Quijote no es más que un disfraz impuesto por el autor para decir la verdad sin ser censurado. Para ser bien visto por todos, él mismo censura a su personaje. Así, Don Quijote usaría la locura para decir la verdad, desenmascarar el mundo del poder y quedar impune del castigo

filosofías de vanguardia" (p. 689).

que le aplicarían los mecanismos e instituciones encargadas de reprimir cualquier opinión adversa a la oficial. Don Quijote se ríe, se burla, ironiza y parodia el poder.

¿Cuáles son las verdades que desenmascara Don Quijote? ¿Cuál es su ideal ético? ¿Cómo se manifiesta la mentira y el ideal ético de los representantes del poder de la aldea medieval? ¿Cuál es la reacción del poder de la aldea? ¿Cuál es la respuesta del poder religioso ante los planteamientos teórico-prácticos de Don Quijote? ¿Qué medios utiliza el poder para reducir o someter a Don Quijote al mundo "normal" de la aldea? ¿Por qué los habitantes del mundo de la aldea medieval insisten unánimemente en considerar "loco" a Don Quijote y condenar como disparates sus acciones? ¿Quiénes son los que enfatizan más sobre la locura del Caballero Andante? ¿Dónde se ubican socio-ideológicamente? Estas y otras preguntas serán las que guíen nuestra exposición.

Se ha insistido hasta la saciedad en señalar que las principales polarizaciones o parejas antitéticas presentes en el Quijote son: Don Quijote / Sancho, Dulcinea / Maritornes, o idealidad / materialidad, belleza / fealdad³. Pero si se quisiera hablar de puntos encontrados en el texto de Cervantes habría que volver al principio de la primera parte y al final de la segunda. En estos dos extremos encontramos las principales categorías que nos permiten ver el texto desde otro ángulo mucho más comprensivo y totalizador: locura / cordura. Pero si queremos ser coherente con el texto y con nuestro planteamiento, debemos convertir esa pareja en una tríada que nos da como resultado, no un movimiento de extrapolación, sino un circuito, donde resulta como valor dominante la razón que censura y encierra a la locura: cordura / locura / cordura.

Partamos del hecho de que Alonso Quijana tuvo que estar cuerdo para que los libros lo pudieran volver loco, y tuvo que haber estado loco para poder pasar al estado de cordura. De modo que la tríada nos quedaría: cordura ----> locura ----> cordura. Siendo la locura un estado intermedio o transitorio hacia la cordura circundante. Pero precisamente en ese momentáneo vivir la locura es en el que se basa la totalidad del texto cervantino. Esto es, el motor que mueve el mundo del Quijote es precisamente la locura de un lector que cree en lo que lee y se lanza a vivirlo en un mundo que lo desaprueba y califica como loco. Ese mundo que lo desaprueba y tilda es el mundo de afuera, que circunscribe el antes y el después de la lectura de Don Quijote. Estos afueras, constituidos por la cordura, se

3. En otra parte he escrito: "Más que los binomios realista / idealista, prosa / poesía adjudicados a la pareja Sancho / Don Quijote, es más ajustada al texto de Cervantes la pareja cuerdo / loco. Pero en definitiva, cualquiera de estas parejas antitéticas no son exclusividades de Sancho y Don Quijote, dado que el mismo contacto con Don Quijote provoca una remoción, desestructuración y transformación del mundo por donde cruza, las personas y las cosas que pueblan ese mundo y con las que tiene contacto. Cualquiera de estas parejas es asignable a Sancho o a Don Quijote. Don Quijote es un cuerdo-loco, aunque el texto está centrado en su vida de locura. Hay pasajes en que quienes lo rodean pretenden seguir el juego de su locura para engañarlo, y él los descubre y desenmascara sus intenciones. Uno de esos casos es cuando Sancho quiere hacerle creer que tres pastoras son Dulcinea acompañada de sus doncellas. Don Quijote, que se ha dado cuenta del engaño, responde categóricamente: "Yo no veo, Sancho -dijo don Quijote-, sino a tres labradoras sobre tres borricos" (2Q, 10). En este caso, el loco es Sancho y el cuerdo Don Quijote. Es lo que la crítica ha señalado de que Sancho se quijotiza y Don Quijote se sanchifica.

presentan como las paredes que desean contener la fuerza y la creatividad imaginativa del Caballero de la Triste Figura. Este mundo exterior lo constituyen el Canónigo, el Cura y el Bachiller, representantes del saber oficial, que se levantan como domadores de locos, muros que se ofrecen para apresar a Don Quijote, devolverlo a la aldea y recluirlo en la casa para que sane y se dedique a sus labores habituales: el mundo pragmático y productivo persigue y condena el mundo imaginativo y creativo del caballero.

Según nos cuenta el texto, un día un hacendado cuerdo amanece con ávidos deseos de leer. El ejercicio de la lectura lo vuelve loco. Esa locura lo hace perder la distancia entre la vida y la literatura. De modo que encarna la ficción y se lanza a vivir la lectura. Ese deseo de vivir lo leído lo lleva a romper los muros o las fronteras de la aldea. Montado en su caballo sale a conquistar el mundo, descubre nuevos horizontes más allá de los límites estrictos del mundo aldeano. Sale y vuelve y sale y vuelve... En su último retorno, "vencido de sí mismo", escarmentado, renuncia a la locura, reniega de los libros, maldice su lectura. La presencia de la muerte lo hace cuerdo. La muerte lo iguala al resto de los habitantes de la comarca. Vuelve a ella para nunca más salir, para encerrarse, entregarse a su patria, a su tierra, a la muerte. Eterno retorno. Movimiento de salida y retorno. La culebra mordeándose la cola. El ciclo de la vida.

Don Quijote se deshace de su hacienda para adquirir fantasmas, sueños, ideales, fantasías que son los vehículos donde se mueven el amor, la libertad y la justicia. Descubre que poseyendo todos sus bienes carece de un alto ideal ético. Este cambio de los bienes materiales por el conjunto de valores que forman su ideal ético es lo que el mundo racional de la aldea califica como acto de locura. Para este grueso grupo de aldeanos, lo cuerdo y racional es poseer y administrar los bienes sin importar que eso acarree injusticia y pérdida de libertad. Es locura cambiar los bienes materiales por sueños y fantasmas de la imaginación y la creatividad. Pero el viejo manchego se deshace de sus bienes para poder estar libre al encarnar el ideal ético de la Orden de la Caballería Andante.

A través de la lectura, Don Quijote se interna en el pasado legendario e ideal y se trae consigo los valores en su estado incorrupto. Lee y traduce en conceptos de libertad, justicia y amor lo que ve en sus libros. A estos valores les presta su cuerpo viejo y raquítico como morada para que se hagan visibles a los otros, que sólo ven en ese proceder locura, desquiciamiento, perversión de los sentidos, puesto que para ellos es imposible hacer ese traspaso de lo legendario-ficcional a lo cotidiano-concreto. Para la gente de la aldea, la justicia, el amor y la libertad son apenas valores de papel o libro que no tienen cabida en el mundo concreto de una realidad injusta con los pobres y menesterosos.

Mientras Don Quijote asume la defensa y lucha por los derechos de los pobres y menesterosos, los representantes del poder religioso harán todo lo posible por obstruir su proyecto. Por esta razón no escatimarán esfuerzo por volver al loco a su estado de cordura. Según ese poder, hay que devolver a Don Quijote a su condición "normal", hay que desenloquecer al loco que ve injusticias por todas partes. Con tal fin despliegan una serie de estrategias tendientes a convencer a Don Quijote de su locura, hacerlo volver y encerrarlo en el mundo de la aldea: con el fin de mostrarle la diferencia entre ficción y realidad, disfrazan el mundo, lo

enmascarar, lo duplican y lo hacen parecer una fiesta o un carnaval. Según ellos, Don Quijote tarde o temprano tendría que descubrir el engaño del mundo y de sí mismo una vez acorralado por la farsa. Como veremos más adelante, este encierro constituye la muerte y fin de la historia de Don Quijote. Para Don Quijote la vida es una locura y la cordura es la muerte misma.

Desde el principio de la narración se pone de manifiesto la función represiva que cumple el poder religioso. Los representantes de dicho poder aparecen como los encargados de evitar que alguien se descarrile del orden establecido. Así se expresa la Sobrina al hacer conocer al Cura el caso de su tío: "Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes" (1Q, 5. El destacado es mío). A partir de ese momento, el Cura, el Canónigo, el Barbero y el Bachiller emprenderán una serie de estrategias tendientes a desengañar al viejo y devolverlo a la aldea. El Cura se hará pasar por escudero y el Barbero por doncella andante con el fin de hacerlo salir de su nueva vida: "desta manera le sacarían de allí, y le llevarían a su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura" (1Q, 26). El poder se esconde, se disfraza con los mismos atuendos de su víctima -se mimetiza- para vencerla con mucha más facilidad: este disfraz "era toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que había escogido" (1Q, 27). El propósito del poder es "reducir a Don Quijote a mejor vida" (Idid)⁴. Este planteamiento tiene a la razón como eje estructurador del mundo y de la vida. Para el poder, la mejor vida es la vida cuerda, centrada, equilibrada, plena de todas las facultades mentales. La vida del loco es "mala vida", por eso hay que sacar a Don Quijote de ese estado. La buena vida sería la vida controlada, medida, evaluada y orientada por las leyes del mundo racionalizado.

En la primera parte del Quijote se cumple el propósito del poder de devolver al héroe a su aldea. Después de la derrota que sufre el Caballero Andante de manos de los suplicantes, Sancho le dice: "Volvamos a mi aldea, en compañía destes señores que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama". El Cura le pagó a los cuadrilleros y "el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de don Quijote, si sanaba de su locura, o si proseguía en ella". Una vez en casa de Don Quijote: "El Cura encargó a la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar a su tío, y que estuviese alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traerle a su casa" (1Q, 52. El destacado es mío).

Desde la óptica de su ideal ético, Don Quijote ve el mundo al revés o de modo contrario a como lo percibe el resto de los habitantes de la aldea. Muestra el revés del mundo, lo que está detrás de las cosas, de las personas y de las instituciones. Desenmascara el poder. Devela y revela el mundo que se esconde

4 En otra parte, después de haber logrado sacar a Don Quijote de la sierra donde estaba haciendo penitencia por Dulcinea, el Cura señala que "era menester inventar y hallar otro [medio] para poderle llevar a su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haría y representaría la persona de Dorotea" (1Q, 37).

detrás de la fachada de la nobleza y del poder eclesiástico. Refiriéndose a los nobles, señala Suárez de Figueroa: "He conocido algunos que no se avergüenzan de dejar en cueros a los que despiden, despojándolos hasta de andrajos inútiles... Miren primero a quién dan las libreas; mas una vez dadas, tengan ánimo para que las rompan los que se las pusieron, váyanse o quédense" (Suárez de Figueroa, 1913: 322).

Don Quijote pone de manifiesto, al interrogar a un joven que trabajaba con un noble, la injusta manera de proceder de esta clase para con sus sirvientes: "-Y dígame por su vida, amigo... ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? -Dos me ha dado -respondió el paje-; pero así como el que se sale de alguna religión antes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvían a mí los míos mis amos, que acabados los negocios a que venían a la Corte, se volvían a sus casas y recogían las libreas que por sola ostentación habían dado" (2Q, 24). Este no debe ser el modelo que deba seguir Sancho durante su gobierno de la ínsula. Por esta razón Don Quijote le aconseja: "Toma con discreción el pulso a lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea a tus criados, dásela honesta y provechosa más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres" (2Q, 43).

Puede decirse con certeza que en el Quijote se da una lucha por establecer la verdad frente a la mentira. Hay un poder, una razón que se bate contra todos aquellos que traspasan los límites permitidos para alcanzar la verdad y se adentran en una zona conflictiva donde se mezcla lo verdadero con lo falso, lo real con lo ficcional. Dentro de la aldea medieval este enfrentamiento se da entre los representantes del poder religioso y Don Quijote. Michel Foucault ha señalado que "Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su "política general" de la verdad: es decir, los tipos de discurso que acoge y hace funcionar como verdaderos o falsos, el modo cómo se sancionan unos y otros; las técnicas y los procedimientos que están valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de quienes están a cargo de decir lo que funciona como verdadero" (Foucault, 1994: 143). En la aldea medieval, el "régimen de verdad" es teológico y sólo se acogen discursos provenientes de ese ámbito, los cuales se tienen como verdaderos. El Canónigo aconseja a Don Quijote que lea libros de las Escrituras que son más edificantes que los libros de caballerías que son pervertidores de los sentidos, mentirosos, embusteros, demoníacos y heréticos (Cfr. 1Q, 49). La sanción que merecen estos libros para el poder religioso es que son "cosas fingidas", "disparates que nunca han sucedido", "composturas hechas para entretener" y no para edificar la conciencia y defender el honor.

El planteamiento de Don Quijote presente en su "realidad oscilante" no es tanto el de liberar la verdad del poder, sino en desligarla, desquiciarla de su forma hegemónica de presentarse o de ser presentada por los representantes autorizados del poder. Para la institución productora de la verdad, el mundo se presenta cerrado, clausurado, creado, inmóvil, sólo Dios y el hombre y la mujer lo habitan. En cambio, para Don Quijote, la aldea se abre y le deja ver un mundo que se descompone, se distorsiona, se remueve y que necesita de la mano del hombre y de la mujer para que sea mundo: este mundo hay que conquistarlo y vivirlo. Frente a una verdad dada o establecida, Don Quijote postula una verdad no hecha

ni estable, una verdad en continua transformación y en constante movimiento. No es la verdad que se adquiere mediante la contemplación estática, sino mediante la aventura y la exploración del espacio-mundo. La verdad quijotesca se produce andando, en el camino, en la marcha.

Esa verdad hecha o conquistada en el camino integra o devuelve al mundo los elementos dejados de lado por quienes han creído que la verdad es "limpia", "incontaminada", ajena a toda sombra, magia, misterio. La verdad de Don Quijote está envuelta por la bruma de la indefinición, por el confuso vaivén de la ola que mezcla y revuelve todo en una sola cosa. Don Quijote armoniza todos los opuestos en su modo de ver el mundo y su verdad no es otra cosa que un espacio de convergencia de contrarios. De modo que para Don Quijote la verdad no se hace o se produce mediante un proceso de extirpación, separación o exclusión de elementos, sino mediante un proceso integrativo que no deja por fuera lo falso y lo verdadero, lo real y lo ficticio, lo divino y lo demoníaco. Para Don Quijote, la verdad contiene todo al igual que la mentira. Todo depende de quién y desde dónde se mira. Todo puede ser o parecer...

El momento de locura de Don Quijote lo introduce en la zona más profunda de la vida, zona dejada de lado, marginada, censurada y reprimida por los representantes del poder: la magia de lo real, lo fantástico, lo maravilloso del mundo, la inversión, la risa, la ironía, el juego de espejos, la parodia... El mundo cambiante produce una verdad también cambiante. Si yo cambio, si transformo el mundo, la verdad también cambia, es la propuesta de Don Quijote. Ese es su acto de locura, su foco de lucidez que ilumina el mundo oscuro de la aldea. Y ese cambio y esa luz son posibles gracias a la lectura.

Los libros de caballerías son la llave que utiliza el viejo Alonso Quijana para penetrar en esa zona habitada por lo marginado y reprimido del mundo del orden. Una vez entregado a la lectura se le seca en la cabeza todo aquello que le impedía dar un paso hacia el otro mundo, hacia afuera de aquel cosmos cerrado de la aldea medieval... Una vez que atraviesa el umbral (una vez que abre el libro y atraviesa el umbral), el regreso es imposible, la otra parte, el mundo ocultado, lo cautiva, lo fascina, lo seduce, lo incita y transforma. El viejo Alonso Quijana se queda a vivirse Don Quijote. Sacarlo de ese mundo, eliminarle esa parte de su vida y devolverlo a su estado de "normalidad" es el propósito central de los agentes del orden y de los representantes del poder religioso, particularmente.

Pero el viejo Alonso se refugia en los libros, se nutre de ellos y de ellos extrae la fuerza y energía para derribar las puertas y los muros del mundo cerrado de la aldea medieval y así lanzarse hacia lo desconocido, oculto, velado y protegido por el poder religioso. Al igual que el Ulises de Homero, va siempre de camino, hacia afuera, hacia adelante, para después retornar a los brazos de su amada o a las páginas de sus libros. Tanto el personaje homérico como el cervantino violentan el mundo, rompen las fuerzas centrípetas que antes los ha contenido con diques de prohibiciones y se han dejado arrastrar por esa fuerza centrífuga como quien no sabe ni quiere estar en un solo sitio, como quien sabe que el mundo es más que un croquis de un mapa hecho para que no te pierdas. Ambos salen a conquistar y a perderse para poder retornar vencidos y triunfantes al lugar donde han dejado su ombligo, sus sueños, su infancia, el paraíso de la

imaginación y la creatividad. Ambos fuerzan las puertas de lo antiguo para entregarse a la luz de la libertad. Una vez abiertas estas puertas, no les importa volver, no les importa deambular de isla en isla, de aventura en aventura, de aldea en aldea... La imaginación de estos dos personajes de la cultura de occidente, la creatividad de ambos, siempre inventa escapatorias, nunca se dejan apresar por los monstruos o encantos del poder. Ningún poder los seduce, sólo la libertad los lleva y los trae. Sólo el amor por su amada que está en algún lugar, en algún otro lado, los impulsa: la mujer amada es su norte, hacia ella siempre corren, por ella mantienen siempre en alto los ideales, los sueños...

Don Quijote, loco, transmuta el mundo. Sobre todo aquel mundo que en el presente lo margina, rechaza, censura y condena. No ve molinos, sino gigantes estúpidos; tampoco ve cabras, sino ejército, enemigo violento y represor; no ve hombres de la Santa Hermandad, sino ladrones y salteadores disfrazados de... Las nuevas instituciones estatales designadas para impartir justicia y defender los derechos de los pobres y menesterosos, son vistas por Don Quijote como enemigas y pervertidoras de las leyes y la justicia. Según el Caballero de la locura, como lo llama Unamuno, el mundo está y sigue siendo administrado por los enemigos de los altos valores humanos, agentes que no poseen ideales buenos y que se disfrazan de tales para poder saciar su rapacidad en los inocentes. Frente a estos malos administradores del mundo Don Quijote también se disfraza y asume los ideales y valores de los caballeros andantes para que el amor, la justicia y la libertad vuelvan a poblar el mundo y tengan nuevos administradores: los seres creativos e imaginativos, libres de todo verticalismo dogmático, capaces de vivir en un mundo en constante transformación y de transformar continuamente la realidad. De modo que, según este planteamiento, Don Quijote sube a su caballo dispuesto a expulsar de todos los rincones del mundo medieval (mundo de la cabeza) y moderno (el aparente) los monstruos antiguos y nuevos: la verdad estática y dogmática y el nuevo orden injusto y represivo.

Según se desprende del texto, la única manera de fusionarse, identificarse y acercarse al mundo, a las cosas y a la realidad es mediante la imaginación creativa. Esta facultad derriba las fronteras físicas y mentales, y se nutre y robustece con y a través de la lectura. En la lectura el mundo se ve íntegro, pleno, a la vez que asible y oscilante. El mundo concreto aparece transfigurado. Los libros de caballerías, al secar las facultades racionales del viejo Alonso, eliminan la barrera o el muro que obstruía el fluido entre la mente, los sentidos y las cosas. Una vez caído ese obstáculo mental el mundo de alrededor, el entorno, lo simple, lo inmediato, lo cotidiano, lo que para el resto del mundo de los habitantes de la aldea se presenta como casual o sin ninguna importancia a simple vista, para Don Quijote aparece con una nueva luz: un mundo y una vida en continua metamorfosis. Bajo su nueva condición de lector, el mundo, todo lo que le rodea adquiere sentido; la vida se integra y se redimensiona, la libera de las trabas y la entrega a los vuelos de la imaginación de los sentidos. La realidad y el mundo, la vida y lo cotidiano es leído e interpretado desde el lente de la imaginación creativa.

Frente a esta liberación de los sentidos, frente a estos nuevos vuelos de la imaginación, aparecen los representantes del poder religioso adjudicándose una labor que no le es propia: "intérpretes legítimos de la ficción". Leen e interpretan la

ficción como si lo estuvieran haciendo con el texto sagrado. Según estos "nuevos críticos literarios" no es posible que un cuerdo llegue a confundir la verdad con la mentira, la realidad con la ficción. Sólo un loco o un hereje pueden llegar a mezclar estos valores y hacer disparates con lo que considera cierto.

Estos nuevos críticos condenan y censuran la lectura e interpretación que Don Quijote hace de los libros de caballerías porque éstos son como "inventores de nuevas sectas y nuevos modos de vida". El juicio sobre lo ficcional se convierte en un juicio sobre la nueva manera de vivir de Don Quijote. Se condena los libros como si fueran personas-herejes. Loco el lector, herejes los libros, portadores de mentiras y engaños, embaucadores... Según el poder, el loco se puede curar, someter a un tratamiento, pero al hereje hay que quemarlo, no tiene remedio, es incurable. Por esta razón, el poder religioso decreta la quema de la biblioteca de Alonso Quijana.

Los representantes del poder y del saber se pretenden monopolizadores de los medios imaginarios. Son la razón que califica y descalifica el mundo ficticio. Su conocimiento, la posesión de saber, pauta y norma sobre lo imaginario y dictamina lo que hay que hacer con la literatura que provoca la perversión de los sentidos. El saber se constituye aquí como poder porque está al servicio del orden establecido, del orden inmóvil. Este saber que pretende explicar y normar sobre lo poético no hace más que reprimir lo creativo e imaginario: descalifica una lectura creativa e imaginativa que lleve al compromiso con un ideal ético cifrado en valores como el amor, la libertad y la justicia. Según ese saber-poder, leer de este modo es locura porque rompe el orden, desequilibra el mundo, mezcla lo que el poder ha separado, confunde la realidad con la utopía.

De acuerdo con lo anterior, el saber es orden, ley, razón. No admite desórdenes mentales, rechaza o condena la locura porque ve el mundo con los sentidos invertidos, con ojos de niño que juegan a ver monstruos donde hay nubes, gigantes donde sólo hay molinos, ejércitos donde aparecen cabras, castillos donde el resto del mundo sólo vislumbra ventas. El discurso del saber-poder inventa la locura de Don Quijote. En pleno nacimiento del libro, éste aparece como el causante de la locura. Pareciera decirse con todo el libro que "leer es malo porque el que lee se vuelve loco". Aquí se presenta la locura como un hecho libresco: Alonso Quijana enloquece de puro leer. ¿Y por qué no enloquecen el Cura, el Canónigo y el Bachiller? Porque ellos leen sin involucrar la imaginación y la creatividad en la lectura. De modo que el poder contra lo que está es contra la imaginación creativa: es loco aquel que crea que las ficciones son realizables, que la justicia, el amor y la libertad son posibles.

Cuando un hijo comienza a decirle al padre todo aquello que éste nunca quiso que se le dijera, el hijo termina siendo acusado de estar loco, de no saber lo que dice o de que lo que está diciendo es una sarta de disparates. Lo mismo sucede cuando lo hace una mujer. El padre o el esposo le dicen: estás loca, mujer de los diablos; qué son esos disparates; no le hagan caso, está fuera de sí, no sabe lo que dice, ha estado bajo una gran presión que la ha afectado, no coordina y todo lo que dice no tiene sentido. Igual sucede en el Quijote. De forma unánime todos dicen que está loco, desquiciado, que alucina.

Ayer y hoy la voz del poder es la misma: niega las facultades, la legalidad, la voz del otro, del que no se ajusta a lo establecido, del que mira el mundo con otro ojo, del que lee e interpreta la realidad de otra manera, del que pone en tela de juicio la verdad vertical y dogmática. Para este otro, el poder le tiene asignado un rótulo: "Está loco, no le crean, dice disparates. Su mente no funciona bien. Está trastornado". Para el poder, este desajustado social y mentalmente es peligroso precisamente porque trastorna y desajusta el sistema de valores establecidos y defendidos por el poder, trastorna el orden de cosas y desajusta la verdad, la saca de los quicios inmóviles donde la ha ensartado o insertado el poder para que sólo sirva a los intereses de lo establecido.

Reducir a Don Quijote a la razón, someterlo a la lógica del poder, a la uniformidad del resto del mundo, es negarle la posibilidad de otra manera de vivir, es impedirle vivir la fantasía, es obligarlo a desligar la vida de la imaginación y la creatividad, de la magia y el misterio, es volverle la vida plana, es reducirlo a la inactividad de la aldea, es recluirlo al cuarto como enfermo, es entregarlo a la muerte. Con la vuelta de la cordura, con el sometimiento de Don Quijote por la razón, sobreviene la muerte, aparece de nuevo el viejo Alonso Quijana y la aldea retorna a la normalidad: desaparecen el caballero y el escudero, la aldea vuelve a cerrarse creyendo que es vana la lectura y que vale más la pena dejarse llevar por la razón que ponerse a dar de comer a los sueños. Lo transformado recobra su estado original. Sancho, al divisar la aldea, se pone de rodilla y exclama: "Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo" (2Q, 72. El destacado es mío). La aldea se abre para tragarse de nuevo a los que habían salido. Una vez tragados, la aldea se clausura de nuevo y el mundo queda como al principio. Cerrada de nuevo la aldea, cerrada la tumba de Don Quijote, el narrador declara muerto al Caballero de la Triste Figura para que nadie más prosiga la historia. Aquí el lector se ve obligado a cerrar el libro. Todo se cierra: la aldea, el pueblo, la tumba, el libro, la historia. Don Quijote muere al ser cautivado por la lucidez de la razón.

Cierro mi artículo con una reflexión sobre la paradoja del creador de esta obra maestra de la literatura española. Todos sabemos que el mecanismo discursivo utilizado en el Quijote ha sido la parodia de los libros de caballerías. Pero, paradójicamente, el narrador expresa una actitud adversa a este procedimiento cuando condena y censura el hecho de que sus propios héroes parodiadores sean objetos de parodia en el Quijote de Fernández de Avellaneda: no se limita sólo a poner de manifiesto el trato vil del que son objeto sus personajes, sino que, para redimirlos y librarlos de futuros escarnios paródicos, decide eliminar a Don Quijote. Esta actitud no sólo tiene repercusiones a nivel estético, sino también a nivel político y ético.

Estéticamente, el cierre de la novela no sólo contradice su propio motor generador, sino que también parece que desaconsejara a la imitación como principio generador de un texto. Políticamente, supone que no es válido echar mano del mismo procedimiento para posicionar a un héroe: el reconocimiento público del héroe de papel no debe hacerse a expensas de otro que ya está en la

mente de los lectores (Idéntico proceder esgrime la potencia más poderosa de la tierra: a nadie, a ningún pueblo, se le permite proceder del mismo modo que lo ha hecho y hace el invasor y expoliador de naciones). Éticamente, la actitud del narrador supone condenable e inimitable la iniciativa del generador del texto, aunque se evidencia la falta de autocrítica como creador. Me pregunto: ¿cómo es posible que un lector imaginativo y creativo, al quererse vengar contra su adversario estético, lo haga también contra el lector? y ¿por qué el lector tiene que pagar las diferencias estéticas ente Cervantes y Avellaneda? Quien había luchado por liberar al héroe de las trabas de la razón termina entregándolo a la más objetiva y material de las realidades humanas: la muerte.



Jorge Ramírez Caro, poeta, cuentista y crítico. Profesor en la Universidad de Costa Rica y en la Universidad Nacional. Autor entre otros de: *La máquina de los recuerdos* (1993, 1995, 2002), *Sombras de antes* (1998), *Las cenizas del sentido* (2003), *Deudas de olvido* (2005) y también numerosos artículos en revistas especializadas.

Obras citadas

Avalle-Arce, J. B. "Locura e ingenio en Don Quijote", en F. Rico, (dir.), *Historia y crítica de la literatura española*. vol 2. Madrid: Crítica, 1980, pp. 687-688.

Castro, A., *Hacia Cervantes*, Madrid, 1957.

_____, *De la edad conflictiva*, Madrid: Taurus, 1972.

Cervantes, M. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, (prólogo de A. Castro), (21ª ed.), México: Porrúa, 1985.

Foucault, M. *Un diálogo sobre el poder*, (trad. M. Morey), Madrid: Alianza Editorial, 1994.

Kamen, H. *La inquisición española*, Madrid: Alianza Editorial, 1973.

Osterc, L. *El pensamiento social y político del "Quijote"*, México: Andrea, 1963.

Olmeda, M. *El ingenio de Cervantes y la locura de Don Quijote*, Madrid: Ayuso, 1973.

Rosales, L. *Cervantes y la libertad*, Vol. I., Madrid: SEP, 1960.

Suárez de Figueroa, C. *El pasajero. Advertencias utilísimas a la vida humana*, (Ed. de F. Rodríguez Marín), Madrid: Renacimiento, 1913.